dumbre no siente el fervor de la primera edad.

Gabriel se asombraba viendo cómo iba el sabio desentrañando los orígenes intelectuales del pueblo hebreo, que habían servido de base al cristianismo; cómo desarmaba el inmenso retablo, ante el cual había permanecido de rodillas la humanidad diez y nueve siglos, pieza por pieza, marcando sus diversas procedencias. El seminarista español se indignaba contra su antigua fe con toda la fogosidad de un temperamento vehemente. ¡Y él había podido creer en todo aquello, considerándolo el resumen de la humana sabiduría! El cristianismo desempeñaba un papel beneficioso en un período de la infancia de la humanidad. Llenaba la vida de los hombres durante la Edad Media, cuando no podía darse un paso fuera de la religión y en la tierra, asolada por las luchas, no había otra esperanza que el cielo ni más lugar de asilo para el pensamiento que la catedral en la ciudad y el monasterio en el campo. «Las ferias, las reuniones para negocios ó placeres—como decía su maestro—eran fiestas religiosas; las representaciones escénicas eran misterios; los viajes peregrinaciones y las guerras cruzadas.» Pero después se partía la vida; lo religioso á un lado, lo humano á otro. El arte colocaba la Naturaleza sobre el ideal; los hombres pensaban más en la tierra que en el cielo: la Razón nacía; cada uno de sus avances era un paso atrás para la Fe, y llegaba el momento, por fin, en que los clarividentes, los que se inquietaban por el porvenir, pensaban ya en cuál había de ser la nueva creencia que sustituyese á la religión agonizante. Luna no vacilaba: la Ciencia, únicamente la Ciencia ocuparía el hueco de la Religión, muerta para siempre.

Influído por el helenismo de su maestro, que fácilmente prendía en él, acostumbrado como estaba al trato diario con los autores griegos, soñaba con que la humanidad del porvenir fuese una inmensa Atenas, una democracia artística y sabia, gobernada por grandes pensadores, sin más luchas que las de las ideas ni otra ambición que la de pulir la inteligencia, de costumbres dulces, y dedicada á los goces del espíritu y al culto de la Razón.

De sus antiguas creencias, Gabriel sólo conservaba la idea de Dios creador con cierto escrúpulo supersticioso. Algo le desconcertaba la astronomía, estudio al que se había entregado con entusiasmo casi infantil, atraído por el encanto de lo maravilloso. Aquel infinito por el que en otro tiempo revoloteaban las legiones de ángeles, y que servía de camino á la Virgen en sus descensos terrenales, se poblaba de pronto de miles de millones de mundos, y cuanto más potentes eran los instrumentos inventados por el hombre, mayor se hacía su número, prolongándose las distancias en una inmensidad que causaba vértigos. Unos cuerpos se atraían á otros girando por el espacio á razón de millares y millones de leguas por minuto, y toda esta nube de mundos caía y caía sin pasar dos veces por el mismo punto de la silenciosa inmensidad en la que surgían otros astros y otros y otros, así como iban perfeccionándose los instrumentos de observación. ¿Dónde estaba en este infinito el Dios que fabricaba la tierra en seis días, que se irritaba por el capricho de dos seres inocentes sacados del barro y hechos carne de un soplo, y hacía surgir de la nada el sol y tantos millones de mundos sin más objeto que alumbrar este planeta, triste molécula de polvo de la inmensidad?

El Dios de Gabriel, al perder la forma corporal que le habían dado las religiones y difundirse en la creación, perdía todos sus atributos. Al agigan-

tarse para llenar el infinito, confundiéndose con él, se hacia tan sutil, tan impalpable para el pensamiento, que casi era un fastasma. El panteismo, como decía Schopenhauer, equivale á licenciar á Dios por inútil.

Los estudiantes amigos de Gabriel pusieron en sus manos los libros de Darwin, de Büchner y de Hæckel, y el secreto de la creación natural que inquietaba su pensamiento después de la abolición de la omnipotencia divina, se desgarró ante sus ojos. Vió cómo habia surgido la vida sobre aquella esfera que rodaba centenares de millones de años en el espacio, sufriendo cataclismos y transformaciones. Cuando la vejez enfriaba su corteza, la vida animal asomaba como una consecuencia del medio favorable, ajustándose á las condiciones de éste, comenzando con formas tímidas y microscópicas de existencia, con el musgo que apenas cubre las rocas, con el animal que apenas presenta los vestigios de un organismo rudimentario. Y con este prólogo de la creación natural comenzaba la vida, desarrollándose al través de millones y millones de años, interrumpida á veces por los cataclismos de la tierra agitada por las últimas crisis de su crecimiento, y continuando adelante con la ciega tenacidad que anima á la Naturaleza. Era una cadena infinita de evoluciones, de formas abortadas y de organismos triunfantes por la selección, hasta llegar al hombre, que, por un esfuerzo supremo de la materia que encierra su cráneo, sale de la bestialidad, se despoja de la envoltura animal de sus antecesores, á los que hace sus esclavos, y reina sobre el planeta.

Nada quedó en Gabriel de sus antiguos ideales. Su conciencia fué un campo raso sobre el que habia soplado el vendaval. La última creencia, la postrera, que aun se mantenía erguida como un monolito en medio de ruinas, explicando el origen de la creación, se vino abajo. Luna se despidió de Dios como de un fantasma consolador que se interpone entre el hombre y la Naturaleza.

Pero el antiguo seminarista no era capaz de permanecer inactivo con su bagaje de nuevas ideas. Necesitaba creer en algo, dedicar á la defensa de un ideal la fe de su carácter, hacer uso de aquel ardor de proselitismo que habia causado admiración en la clase de Elocuencia del Seminario. La sociología revolucionaria se apoderó de él. Primero fué Proudhon con sus audaces escritos; después completaron la obra algunos *militantes* que trabajaban en la misma imprenta que él, viejos soldados de la Commune, que acababan de volver del destierro ó de las prisiones de Oceania, y reanudaban su campaña contra la organización social con un ardor acrecentado por los dolores sufridos y el ansia de venganza. Con ellos fué á las reuniones del anarquismo: oyó á Reclús y al ex príncipe Kropotkine, y las palabras del difunto Miguel Bakounine llegaron á él como el evangelio de un San Pablo del porvenir.

Gabriel habia encontrado su nueva religión y se entregó por completo á ella, soñando en la regeneración de la humanidad por el estómago. Creyendo en una vida futura, los desgraciados aun tenían el falso consuelo de la felicidad después de la muerte. Pero la religión era mentira, y no existiendo más vida que la presente, Luna se indignaba contra la injusticia social, que condena á la miseria á muchos millones de seres para la felicidad de unos miles de privilegiados. La autoridad, fuente de todos los males, era para él el mayor de los enemigos. Habia que matarla, pero creando antes

hombres capaces de subsistir sin amos, sacerdotes y soldados. La dulzura de su carácter, el odio que le inspiraba la violencia después de sus tres años de guerrillero, le hacían apartarse de los nuevos camaradas, que soñaban con hecatombes por la dinamita y el puñal para aterrar al mundo, obligándolo á aceptar por el miedo las nuevas doctrinas. No; él confiaba en la fuerza de las ideas y en la inocente evolución de la humanidad. Había que trabajar como los primeros apóstoles del cristianismo, seguros del porvenir, pero sin prisa por ver realizadas sus ideas; puestos los ojos en la labor del día, sin pensar en los años y los siglos que tardaría en dar su fruto.

El ardor del proselitismo le hizo abandonar París á los cinco años. Sentía el ansia de ver mundo, de estudiar por sí mismo las miserias sociales y las fuerzas de que disponían los desheredados para su gran transformación. Además, veíase molestado por la vigilancia de la policía francesa, á causa de sus íntimas relaciones con los estudiantes rusos del barrio Latino, jóvenes de mirada fría y lacias melenas, que osaban implantar en París las venganzas del nihilismo. En Londres conoció á una inglesa joven, enferma, que movida como él por el ardor de la propaganda revolucionaria, iba de la mañana á la noche por los paseos y los alrededores de los talleres, repartiendo folletos y hojas impresas que guardaba en una caja de sombreros, siempre pendiente de su brazo. Lucy fué al poco tiempo la compañera de Gabriel. Se amaron sin arrebato: con una pasión fría y calmosa, más por la comunidad de ideales que por la instintiva aproximación del sexo; un amor de revolucionarios con el pensamiento dominado por la rebeldía contra lo existente, sin dejar sitio á otros entusiasmos.

Luna y su compañera pasaron á Holanda y á Bélgica y se instalaron después en Alemania, siempre viajando de grupo en grupo de compañeros, dedicándose á diversos trabajos, con esa facilidad de adaptación de los revolucionarios universales, que sin dinero corren el mundo sufriendo privaciones y encontrando siempre, en el momento difícil, una mano fraternal que los levanta y los pone de nuevo en camino.

A los ocho años de esta vida, la amiga de Gabriel murió tísica. Estaban en Italia. Luna, al verse solo, se dió cuenta por primera vez del dulce apoyo que le había prestado la compañera de su vida. Olvidó sus entusiasmos revolucionarios para llorar á Lucy, lamentándose del vacío que dejaba en su existencia. No la había amado como aman los demás hombres; pero era su compañera, su hermana; se compenétraban los dos en gustos y aficiones; la miseria en común los había fundido en una sola voluntad. Además, Gabriel sentíase aviejado antes de hora, por aquella existencia de aventuras emocionantes y penosas privaciones. En varios sitios de Europa le habían encarcelado por sospechas de complicidad con los terroristas. La policía le había golpeado muchas veces. Comenzaba á serle difícil viajar por el continente, pues su fotografía figuraba con la de muchos compañeros en los centros policíacos de las principales naciones. Era un perro vagabundo y peligroso, que acabaría por ser expulsado á puntapiés de todas partes.

Gabriel no podía vivir solo. Estaba habituado á ver cerca de él unos ojos azules, á oir una voz acariciadora con inflexiones de pájaro, que le animaba en los momentos difíciles, y no pudo resistir la soledad en tierra extraña después de la muerte

de Lucy. Despertóse en él un vehemente amor por la tierra natal. Quería volver á España, de la que tanto se había burlado, y que ahora, á pesar de su atraso secular, le parecía interesante. Pensaba en sus hermanos, que seguían agarrados como plantas á los sillares de la catedral, sin enterarse de lo que ocurría en el mundo, sin buscar noticias suyas, como si lo hubieran olvidado.

Con repentino impulso, como si temiese morir lejos del suelo natal, volvió á España. En Barcelona le proporcionaron los compañeros la dirección de una imprenta, pero antes de ocupar su puesto quiso pasar unos días en Toledo. Volvía envejecido antes de los cuarenta años, hablando cuatro ó cinco idiomas y más pobre que salió de allí. Supo que su hermano el jardinero había muerto, y que la viuda, refugiada con su hijo en un desván de las Claverías, lavaba ropa para los canónigos. Esteban, el *Vara de palo,* le acogió después de tan larga ausencia con la misma admiración que cuando estaba en el Seminario. Se hacía lenguas de sus viajes y convocaba á toda la gente del claustro alto para que oyera á aquel hombre que iba de una parte á otra del mundo como si fuese su propia casa. En sus preguntas embrollaba dolorosamente la geografía, no reconociendo en ella más que una división: países de herejes y de cristianos.

Gabriel compadeciase de la miseria tranquila de aquella gente; admiraba su mansedumbre de servidores del templo, satisfechos de vegetar y morir en el mismo sitio, sin curiosidad alguna por lo que ocurría más allá de los muros. La iglesia le parecía una gran ruina. Era el caparazón de piedra de un animal en otros tiempos poderoso y fuerte, pero que había muerto hacía más de un siglo,

deshaciéndose su cuerpo, evaporándose su alma, sin dejar otro vestigio que aquella envoltura exterior, semejante á las conchas que encuentran los geólogos en los yacimientos prehistóricos, y que por su estructura dejan adivinar las partes blandas del ser extinguido. Viendo las ceremonias del culto, que en otros tiempos le conmovían, sentía impulsos de protesta, deseos de gritar á sacerdotes y acólitos que se retirasen, pues su tiempo había pasado, la fe había muerto, y únicamente por rutina y por miedo á la opinión ajena, volvía la gente á aquellos lugares, que antes llenaba de la mañana á la noche el fervor religioso.

Al volver á Barcelona, la vida de Gabriel fué un torbellino de proselitismo, de luchas y de persecuciones. Los compañeros le respetaban, viendo en él al amigo de los grandes propagandistas de *la idea,* al hombre que había corrido casi toda Europa y se escribía con los revolucionarios más famosos. No se celebraba mitin sin el compañero Luna. Aquella elocuencia natural que había causado asombro al iniciarse en el Seminario, se hinchaba y esparcía como un gas embriagador en las reuniones revolucionarias, enardeciendo á la muchedumbre desharrapada, hambrienta y miserable, que sentía estremecimientos de emoción ante la sociedad futura descrita por el apóstol; la ciudad celeste de los soñadores de todos los siglos, sin propiedad, sin vicios, sin desigualdades, donde el trabajo sería un placer, y no existiría más culto que el de la ciencia y el arte. Algunos oyentes, los más sombríos, sonreían con gesto compasivo oyendo sus maldiciones á la fuerza y sus himnos á la dulzura y al triunfo por la resistencia pasiva. Era un ideólogo al que había que oir porque servía á la causa. Ellos, que eran los hombres, los luchadores, sabrían en si-

lencio aterrar á la sociedad maldita, ya que se mostraba sorda á la voz de la Verdad.

Cuando estallaron bombas en las calles, el compañero Luna fué el primer sorprendido por la catástrofe, y el primero también en entrar en la cárcel á causa de la popularidad de su nombre... ¡Oh, los dos años pasados en el castillo de Montjuich! En la memoria de Gabriel habían abierto un surco hondo, una herida profunda que no se cerraba, que se estremecía con el más leve recuerdo, turbando su calma, haciéndole temblar con el escalofrío del terror.

Se había apoderado de la sociedad la locura del miedo y otropellaba leyes y respetos humanos para defenderse. La justicia de otros siglos, con sus procedimientos de violencia, resucitaba en plena civilización. Se desconfiaba del juez por culto y escrupuloso y se echaba mano del esbirro, pidiéndole que renovase los antiguos aparatos de tormento.

En el silencio de la noche, Gabriel veía iluminarse su mazmorra: hombres con uniforme le empujaban por la escalera hasta una habitación, donde le aguardaban otros con enormes garrotes. Un joven, de voz melosa, con insignias de teniente y el aire perezoso de los criollos, le hacía preguntas sobre los atentados ocurridos meses antes abajo en la ciudad. Gabriel nada sabía, nada había visto. Tal vez los terroristas serían compañeros suyos, pero él, fijos los ojos en lo alto, contemplando sus visiones del porvenir, no había llegado á darse cuenta de que germinaba en torno suyo la violencia. Su negativa tenaz indignaba á aquellos hombres: la voz melosa del criollo se atiplaba por la ira, y entre amenazas y blasfemias abalanzábanse todos sobre él, y comenzaba la caza del hombre

por toda la mazmorra, cayendo los garrotes sobre su cuerpo, alcanzándole lo mismo en la cabeza que en las piernas, acosándolo en los rincones, siguiéndole cuando con un salto desesperado pasaba al muro opuesto, abriéndose camino con la testa baja. Su espalda resonaba como un cofre vacío bajo los golpes. Algunas veces, la desesperación del dolor enardecía á la víctima; el cordero se volvió fiera, y antes de caer al suelo, gimoteando como un niño bajo la superioridad del número, se arrojaba sobre los verdugos, arañándolos, intentando morderles. Gabriel guardaba un botón del uniforme del criollo, que en una de estas rebeliones de su debilidad había quedado entre sus dedos.

Después, cansados los atormentadores de la inutilidad de sus violencias, le dejaban olvidado en la mazmorra. Un pan y unos trozos de bacalao seco eran su comida. La sed, una sed infernal, le desgarraba las entrañas, le oprimía la garganta y hacía arder su boca. Al principio pedía agua con voz angustiosa, por debajo de la puerta. Después ya no quiso suplicar, conociendo de antemano la respuesta. Era un tormento calculado: le ofrecían agua cuanta quisiera, pero después que delatase los nombres de los culpables, afirmando lo que no sabía. El hambre luchaba en él con la sed, pero temiendo á ésta mucho más, arrojaba á un rincón aquellos alimentos cargados de sal, como si fuesen veneno. Deliraba con el delirio de los náufragos atenaceados por el recuerdo del agua en medio de las olas amargas. Veía en sus pesadillas arroyos claros y murmuradores, ríos inmensos, y buscando frescura para su boca paseaba la lengua por las paredes mugrientas, sintiendo cierto alivio al contacto de la cal del enjalbegado. La privación y el encierro perturbaban su inteligencia con horri-

bles delirios. Muchas veces Gabriel se sorprendía viéndose á cuatro patas en medio del calabozo, gruñendo y ladrando frente á la puerta, sin saber por qué.

Sus atormentadores parecieron olvidarle. Tenían otros presos á los que acudir. Los carceleros le dieron agua y pasó meses enteros sin que nadie entrase en su calabozo. Algunas noches oía lejanos y vagos, al través de los gruesos muros, lamentos y sollozos en las mazmorras inmediatas. Una mañana le despertaron varios truenos, á pesar de que un rayo de sol se filtraba por el ventanillo. Oyendo á los carceleros en el inmediato corredor, comprendió el misterio. Habían fusilado á algunos de los presos.

Luna acogía como una felicidad la esperanza de la muerte. Renunciaba con gusto á aquella sombra de vida dentro de un estuche de piedra, atormentado por el mal físico y el miedo á la ferocidad de los hombres. Su estómago, herido por las privaciones, se negaba muchos días, con horribles náuseas, á recibir el pan áspero y el cazo de rancho. La larga inmovilidad, el enrarecimiento del aire, la escasa nutrición, le habían hecho caer en una anemia mortal. Tosía continuamente, sintiendo cierta opresión en el pecho. Los conocimientos que había adquirido del cuerpo humano en su afán de estudiarlo todo, no le permitían engañarse. Moriría como la pobre Lucy.

Después de año y medio de encierro, compareció ante el Consejo de guerra, confundido en un rebaño miserable de viejos, mujeres y hasta adolescentes, todos enflaquecidos y quebrantados por la prisión, con la piel blanca y mate como de papel mascado, y ese estrabismo en los ojos que da el aislamiento. Gabriel deseaba que le matasen.

Al llegar el fiscal en la larga lista de acusación al nombre de Luna, detúvose un instante, para lanzarle una mirada feroz. Aquel acusado era de los *teóricos:* aparecía en las declaraciones de los testigos sin intervención directa en los hechos de fuerza y reprobándolos en sus predicaciones; pero no había que olvidar que era uno de los principales propagandistas del anarquismo, y que había pronunciado discursos en todas las sociedades obreras frecuentadas por los autores de los atentados.

Un capitán viejo se inclinó al oído de otro compañero de Consejo, y Gabriel oyó sus palabras.

—A estos señoritos que hacen discursos es á los que hay que sentar la mano, para que escarmienten y no hablen más de Tolstoi, de Ibsen y de todos esos tios extranjeros que enseñan á tirar bombas.

Gabriel pasó muchos meses aislado en su encierro. Por algunas palabras oídas á los carceleros, pudo ir siguiendo las fluctuaciones de su suerte. Tan pronto se veía conducido con todos sus compañeros de infortunio á los presidios de Africa, como le auguraban la inmediata libertad ó le profetizaban el fusilamiento en masa. Cuando salió después de dos años del tétrico castillo, fué para embarcarse con todos sus compañeros de emigración forzosa. Gabriel era una sombra de hombre. Su debilidad le hacía andar vacilante y trémulo como un niño, pero olvidando su mísero estado se apiadaba de otros compañeros más enfermos que él, con visibles cicatrices de los tormentos sufridos y el sexo atrofiado por bárbaras extrangulaciones. La vuelta á la libertad hacía renacer en él su antigua dulzura, la conmiseración filosófica en que envolvía á todos los hombres, perdonando sus errores. Los más violentos de sus compañeros hablaban al desembarcar en Inglaterra de futuras venganzas

contra los verdugos, mientras Gabriel pedía perdón para ellos, ciegos instrumentos, empleados por la sociedad en un momento de terror, que creían haberla salvado con su barbarie.

El clima de Londres extremaba la enfermedad de Gabriel, y á los dos años tuvo que trasladarse al continente, á pesar de que el país británico, con su absoluta libertad, era el único suelo donde podía vivir tranquilo é ignorado.

Su existencia fué cruel; siempre fugitivo al través de las naciones de Europa, arrojado de una á otra por la vigilancia policíaca, reducido á prisión ó expulsado por la más insignificante sospecha. Era la antigua persecución de los bohemios en la Edad Media, el acosamiento de las gentes independientes, de vida vagabunda, que resucitaba en plena civilización. La enfermedad y el deseo de paz le hicieron volver á España. Con el tiempo se había establecido cierta tolerancia para los emigrados. En España todo se olvida, y aunque la autoridad sea más feroz y poco escrupulosa qus en otros pueblos, molesta menos por la imprevision y el descuido propios de la raza.

Enfermo y sin un oficio para ganarse la vida, imposibilitado de pedir trabajo en las imprentas, porque su nombre tenía cierta aureola que aterraba á los patronos, Gabriel cayó en la miseria, sin que le bastasen los auxilios con que le socorrían los compañeros. Fué de un extremo á otro de la Península mendigando entre los suyos y ocultándose de la policía.

Su ánimo decayó. Era un vencido; no podía prolongar la lucha. Sólo le restaba morir, pero la muerte misericordiosa acudía lentamente á su llamamiento. Pensó en su hermano, el único afecto que le restaba en el mundo. Recordó aquella familia tranquila de las Claverías, entrevista en su último paso por la catedral, y fué en su busca como una última esperanza.

Al volver á Toledo encontraba disuelta la familia feliz. También por aquel rincón silencioso é inmutable había pasado la desgracia.

Pero la catedral, insensible á las vicisitudes humanas, estaba allí como siempre, y á ella se agarraba, ocultándose en sus entrañas para morir tranquilo, sin más anhelo que ser olvidado, pereciendo antes de hora, gustando la amarga felicidad del anonadamiento, dejando en la puerta, como una bestia que se despoja de la piel, aquellas rebeldías que le habían atraído el odio de la sociedad.

Su dicha era no pensar, no hablar, amoldarse á aquel mundo muerto. Sería, entre las estatuas vivientes que poblaban el claustro alto, un autómata más; imitaría á aquellas criaturas que tenían en su ser algo de la aspereza de la piedra berroqueña de los contrafuertes; aspiraría como un bálsamo de tranquilidad la herrumbre de las rejas que esparcía por el templo el perfume vetusto de los siglos.